

En este ensayo el poeta y escritor Gary Dáher Canedo, autor de libros como «El olor de las llaves» y «Cantos desde un campo de miedos», reflexiona sobre la situación del hombre y la realidad contemporánea.

Fragmentaciones

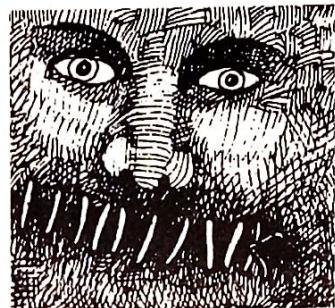
(Tercera de cuatro partes)

Entonces, en el megamercado de la globalización, el Estado-Nación «se redefine como una empresa más, los gobernantes como gerentes de ventas y los ejércitos y policías como cuerpos de vigilancia». Así que la acepción de nación que anteriormente nombramos, especialmente en su factor subjetivo, desaparece. Y dentro de los múltiples departamentos de esta nueva empresa, se abre uno enorme, «los despreciados», que contiene, en número, a la mayor parte de sus miembros: los necesarios innecesarios. Esta contradicción que representa a los pobres, los ignorantes, los sueños. Y que, según los esquemas de la nueva empresa son innecesarios, porque no están preparados para cumplir ninguno de los roles que la eficiencia determina. Pero que son necesarios para suplir los requerimientos de comodidad (llámese labores domésticas, limpieza de alcantarillas, lustrado de zapatos, trabajos destinados a mujeres, guardianes y otros) de los miembros mejor dotados de la nación. Entonces se intenta construir el hábitat de ese departamento en el lugar menos visible; no obstante, como este propósito no puede ser alcanzado, se produce la demanda social a causa de la convivencia, hoy por hoy, evidente.

En este sentido sucede el fenómeno del aumento de la explotación, por una parte, y del desempleo, por otra; afectando, ya no solamente a aquel departamento de la Empresa-Nación que hemos llamado «los despreciados», sino también a la clase media baja, que enceguecida por la mentira publicitaria, ha apostado a la educación profesional de sus hijos, como supuesta salida a sus magros ingresos, sin tomar en cuenta que las transnacionales a fin de elevar al máximo su efectividad, prefieren utilizar a los profesionales antiguos (es decir extranjeros) antes que especializar a los locales. Y se desata la época de las grandes migraciones: millones de personas al destierro, afincándose en los suburbios de las metrópolis imperiales.

Así, para la globalización, que en ningún momento fue concebida como modelo económico, sino más bien como un marco regulador de las relaciones económicas internacionales, los desequilibrios económicos son causas de la intervención en el mercado; por tanto, debe eliminarse la posición suprema del Estado respecto de éste y hacerlo garante de la acción irrestricta de las fuerzas de la oferta y demanda.

Entonces, esta globalización que demanda la liberalización de normas para el dinero que fluye en diferentes sentidos a través del mapa internacional, ha hecho del sistema financiero el señor del proceso. Esta penetración mundial de capital conlleva a una competencia internacional de acceso a mercados, permitiendo el desa-



A. Salazar

rrollo y la expansión ilimitada de las empresas transnacionales por todo el mundo, mismas que a la vez cuentan con el respaldo incondicional de sus respectivos Estados Nacionales. Dicho en palabras precisas, de los Estados Unidos de Norteamérica, que es donde se cobijan la mayoría de estas transnacionales.

Es precisamente en este último país, que se han sucedido hechos de gran trascendencia: estamos hablando del ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001. De manera que, aprovechadas las condiciones, el Estado-Nación más poderoso del mundo, en apoyo de las empresas transnacionales, ha creado pretextos de intervención. Esta estrategia ha ido evolucionando, desde la época de la Guerra Fría, cuando el pretexto se llamaba lucha contra el comunismo. Y que,

luego, una vez caído el muro de Berlín, se transforma en la llamada lucha contra el narcotráfico, permitiendo la ingobernabilidad y la presión de los Estados Unidos en los diferentes países, convocándolos bajo esa bandera, considerada la batalla, como una lucha mundial. Estos pretextos han generado guerras de baja intensidad en nuestro continente, permitiendo la intervención extranjera en los países involucrados, que por una u otra razón, en menor o mayor medida, han sido todos. Ahora bien, a partir del 11 de septiembre, ante la «amenaza terrorista», los recursos bélicos han entrado en una etapa sin control, y han convertido la guerra de baja intensidad en una potencial guerra directa, como ha sido el caso de Afganistán, puesto como ejemplo para que el mundo tiemble y el poder del intervencionista sea definitivamente mayor.

A partir de esos procesos se ha conseguido la consiguiente redefinición del poder y de la política, colocando al mercado como figura hegemónica que rige todos los aspectos de la vida humana en todas partes.

Así que, el hecho de que los gobiernos se llenen de delincuentes, el hecho de que el sistema financiero obligue a los Estados-Nación a modificar sustancialmente sus leyes en un chantaje sin precedentes, el hecho de que los territorios se desintegren, el hecho de que los grupos humanos que conforman el Estado-Nación se descubran diferentes, el hecho de que los gobernantes del Estado se transformen en vendedores, la dolorosa visión de que los objetivos supremos del Estado-Nación establecidos durante las gestas de la formación de la nacionalidad, cuales son la libertad, la satisfacción de las necesidades de todos sus miembros, la gloria de la nación, hayan desaparecido, nos hacen concluir que el Estado-Nación clásico, tradicional está a punto de ser derrumbado. Y, cosa terrible, no se vaya a creer que ese derrumbe, a causa de las acciones de protesta y otras manifestaciones populares, vaya a favorecer a los miembros del departamento de los despreciados, no. Ese derrumbe irá a favorecer definitivamente a las transnacionales, y estratégicamente a la hegemonía mundial del Estado-Nación más poderoso del mundo, es decir, de los Estados Unidos de Norteamérica.

(Continuará)

